



1277. Un Drama Filosófico en Tres Escenas

F. León Florido

Los acontecimientos históricos en que está basada esta breve pieza tuvieron lugar en París hacia el año 1277. En ese momento el obispo de la ciudad, Esteban Tempier, condenó a Siger de Brabante y a los maestros de la Facultad de Artes, que enseñaban filosofía. La lucha entre fe religiosa y razón llegaba a un momento culminante. En lo esencial, los hechos narrados son fieles a los documentos de este periodo que han llegado hasta nosotros.

La acción comienza algún tiempo después de la condena en un monasterio cercano a la ciudad de Roma

ESCENA PRIMERA

El poeta Dante, Siger de Brabante, hermana del monasterio

[La celda de un pequeño monasterio cercano a Roma. En la semipenumbra Siger dormita con sueño atormentado. Entra una figura, Dante, el divino poeta]

—**Dante:** Siger, Siger, ¿dormís?

—**Siger:** *[Sin despertarse, como si tuviera una pesadilla]* No...No

—**Dante:** Ah, Siger de Brabante, famoso maestro de filosofía, tuviste rendida a tus pies a la ciudad de París, y ahora sólo unos pocos se atreven a pronunciar tu nombre en las esquinas.

Ah Siger, que amaste más a Aristóteles que al mismo Dios, te debates en tu sueño atormentado, sin saber si tus amigos los filósofos te esperarán en el cielo para disputar con los ángeles o si sufrirás la pena merecida por tu soberbia en el infierno, donde serás despellejado y tus heridas cauterizadas con aceite hirviente.

No te angusties más Siger, porque yo, el poeta Dante, me he adelantado a la justicia divina y he cantado tu luz eterna en el cuarto cielo con la compañía del angélico Tomas de Aquino, para ser reconocido como el santo de los filósofos por los siglos de los siglos.

[Dante sale de la escena, cruzándose con una hermana del monasterio. Al mismo tiempo la escena se ilumina]

—**Hermana:** Siger, Siger, ¿dormís?

—**Siger:** No, hermana, sólo leía, y me he debido quedar..., pero pasad

—**Hermana:** La madre superiora me ha mandado que os traiga esto para reponer fuerzas. Desde hace una semana os pasáis el día encerrado en vuestra celda

—**Siger:** Gracias hermana

—**Hermana:** Perdonadme padre... si no os inoportuna quería... preguntaros una cosa

—**Siger:** ¿Sí?

—**Hermana:** Pues es que... corren rumores entra las hermanas sobre la causa de que vos, un gran maestro de la Universidad de París, haya acabado en nuestro humilde monasterio

—**Siger:** [*con ironía*] Así que rumores

—**Hermana:** Perdonadme padre si os he molestado

—**Siger:** No, si no me habéis molestado en absoluto, pero tratad de recordar que la vana curiosidad es una puerta abierta al diablo

—**Hermana:** Ave María purísima... Pero, padre,... decidme

—**Siger:** Sí, querida hermana

—**Hermana:** ¿Es cierto lo que se dice que enseñabais a vuestros alumnos allí en París? Yo estuve una vez en París, en una visita a la casa central de nuestra orden... En el recorrido pasamos por el barrio universitario, por el Estraminio. Ave María purísima, aquello parecía, ... parecía

—**Siger:** ¿Qué parecía? Hermana

—**Hermana:** Pues ya sabéis

—**Siger:** [*empieza a impacientarse*] No, no lo sé

—**Hermana:** Bueno, quiero decir que los estudiantes no parecían dedicarse precisamente a estudiar, sino a...

—**Siger:** Bien, bien, hermana, ya os entiendo. Y, a parte de eso, ¿qué es lo que queríais preguntarme?

—**Hermana:** Ah sí, pues se dice que la causa de vuestra desgracia actual es que le enseñabais a vuestros alumnos que, según no sé qué filósofo pagano, la... fornicación al margen del sagrado sacramento del matrimonio es natural y, por tanto, no es un pecado.

—**Siger:** [*entre asombrado y contrariado*] ¿La fornicación?

—**Hermana:** Sí, la... fornicación

—**Siger:** [*ya visiblemente molesto*] Ah, hermana, ahora necesito un poco de soledad para continuar mis rezos

—**Hermana:** Lo siento padre, espero no haberos molestado con mis preguntas de pobre ignorante, perdonadme ya me retiro. [*Mientras sale va musitando*] La fornicación... la fornicación

—**Siger:** [*también musita*] París... París

En París, dos años antes

ESCENA SEGUNDA

Estudiantes, Siger, Boecio, Tomás de Aquino

[En una plaza de París, se encuentran tres estudiantes, aparentemente, son muchachos, que estudian en la Facultad de Artes. Sin embargo, uno de los estudiantes es, en realidad Reisa, hija del canciller de la universidad, disfrazada]

—**Estudiante:** Hola, ¿venís de clase del maestro Siger?

—**Roberto:** Hola, Martín, sí

—**Estudiante:** Vais a la plaza ¿eh? Nos vemos ahora en las Tres Rosas [sale]

—**Roberto:** Bien, hasta ahora

—**Reisa:** Oye, ¿crees que lo habrán notado?

—**Roberto:** Calla, habla más bajo. Estás loca, digo... loco. Si tu padre el canciller se enterara de que asistes a clase mezclada con los muchachos, como si fueras una mujer de taberna... no sé qué nos haría a los dos.

—**Reisa:** Lo sé, lo sé, pero me gusta tanto escuchar a los maestros, sus silogismos. Es tan... excitante

—**Roberto:** [Completamente sorprendido] ¿Excitante?

—**Reisa:** [poniendo voz melosa] Oye Roberto, quería pedirte una cosa

—**Roberto:** Sabes muy bien que haría cualquier cosa por ti

—**Reisa:** Bueno, pues es que tengo un problema, que no me deja dormir hace días

—**Roberto:** Ah, ya entiendo, seguro que has encontrado a la persona adecuada para solucionar ese... problema

—**Reisa:** Ya sabía que podía contar contigo ¿Empezamos?

—**Roberto:** [avergonzado] Pero, ¿cómo?, aquí,... ahora

—**Reisa:** Sí, pues claro, ¿a quién vamos a esperar?

—**Roberto:** Pues...

—**Reisa:** Mira, ayer dijo el maestro Siger que tratáramos de solucionar el siguiente problema

—**Roberto:** [estupefacto] El maestro...

—**Reisa:** Roberto, pareces bobo. El maestro planteó el siguiente problema: Si Dios lo sabe todo entonces conoce de antemano todo lo que nos va a suceder, incluso hasta

el número de nuestros cabellos está contado. Pero si Dios lo puede todo, también puede hacer que no suceda lo que ha decidido que va a suceder, y el futuro será distinto al que Él mismo ha previsto. Pero, entonces, ¿significa eso que Dios se ha equivocado? Y, entonces, estamos ante un dilema, que no puede resolverse...

—**Roberto:** Pues, ... [*de repente ve aliviado aproximarse una figuras que hablan entre sí*] ah mira por allí se acerca el maestro Siger acompañado por el maestro Boecio. Se lo podemos preguntar a ellos.

—**Reisa:** Oh calla, tonto, me pondré detrás de ti, no quiero correr el riesgo de que me descubra.

—**Siger:** Querido Boecio, ¿qué nuevas nos traes de Roma? Qué se sabe del nuevo papa

—**Boecio:** Ay Siger, desgraciadamente las noticias no son buenas. Presionado por la comisión inquisitorial, Juan XXI ha ordenado realizar una investigación sobre los maestros que enseñan la filosofía de Aristóteles aquí en la Universidad de París. Tu nombre ha salido a relucir.

—**Siger:** Bah, hermano Boecio, no os preocupéis tanto. Estoy seguro de que el papa no perseguirá a los filósofos. Recordad que él es Pedro Hispano, que enseñó filosofía aquí en París, y que escribió sobre la verdad de la razón.

—**Boecio:** No cesa de sorprenderme tu candidez, hermano Siger. Precisamente porque ha sido filósofo despierta el papa Juan los recelos de toda la curia y le presionan más fuertemente. Se comentaba a mi salida que había ordenado al obispo Esteban Tempier expurgar los errores y perseguir a los culpables de herejía. Ese grandísimo ignorante de Esteban se apresta a lanzarse sobre los filósofos. Y tengo miedo por ti, que ya has sido amenazado.

—**Siger:** Vamos, vamos, mi querido Boecio no temáis, nosotros hemos proclamado muchas veces nuestra sumisión a la verdadera fe y a la Santa Iglesia. Pero, ¿qué es ese pequeño revuelo?

—**Boecio:** Mirad se acerca el maestro Tomás. Y parece que se dirige hacia aquí.

[Los dos maestros se arrodillan ante Tomás de Aquino. Los estudiantes se acercan al grupo]

—**Siger:** Padre Tomás.

—**Boecio:** Padre.

—**Tomás:** Mis queridos hermanos, levantaos y dejad que os abrace. Precisamente quería hablar con vos, hermano Siger.

—**Siger:** Ah, naturalmente ¿deseáis que nos retiremos solos?

—**Tomás:** No, por favor, todos somos hermanos en el Señor. Como sin duda sabréis, los teólogos están preocupados con la proliferación de las herejías en la Universidad. Piensan que los estudiantes en artes, como estos muchachos que nos acompañan, corren el riesgo de ser dominados por las creencias de los infieles, sin que nosotros

hagamos nada por evitarlo. Así que algunos de los maestros en teología me han pedido que examine vuestros escritos, pues creen que en ellos se contienen graves errores tomados del musulmán Averroes.

—**Siger**: Pero, fray Tomás, sabéis que lo único que pretendo es enseñar la filosofía al modo de Aristóteles, el gran maestro de los que saben, por el cual vos mismo profesáis una gran admiración.

—**Tomás**: Motivo por el que yo mismo soy sospechoso a los ojos de nuestros hermanos teólogos. Pero no hablamos de mí, sino de vos. Yo no creo que vuestros escritos sean reprobables. Si acaso poco rigurosos aquí y allá. Decís cosas verdaderas, aunque quizá demasiado claramente. La experiencia me ha dictado que para evitarles a nuestros hermanos teólogos la ocasión del pecado de la envidia y hacer patente su falta de estudio, lo mejor es exponer la filosofía de Aristóteles sazónada de citas de los Santos, los Padres de la Iglesia y los Profetas.

—**Boecio**: [*Visiblemente enfadado*] Los teólogos, los teólogos, ...siempre creen que tienen la verdad absoluta y que pueden tratar a la filosofía como si fuera una ramera.

—**Siger**: Boecio, por favor, no continuéis

—**Boecio**: Oh, os ruego que me perdonéis fray Tomás.



Fotos Tomadas en la Fiesta por los 50 números de A Parte Rei en donde 1277 se estrenó

—**Tomás:** No os preocupéis hermano Boecio, comprendo vuestra indignación, aunque no puedo admitir vuestro furor. Dios nos creó para el entendimiento, no para la guerra. Es cierto que nuestro Señor Jesucristo llamó bienaventurados a los que sufren persecución como vosotros, hermanos, pero no es excitando ira contra ira, buscando venganza contra venganza, como cumpliremos la voluntad de Dios. Si el obispo no quiere comprender las razones de quienes defendemos a Aristóteles, seremos nosotros quienes deberemos comprender las suyas.

—**Boecio:** Sus razones para mí están muy claras, padre: ansia de poder, vanidad y prepotencia.

—**Tomás:** Quizá sea así, hermano, Dios nos ha dado la libertad para que, al cumplir sus leyes, seamos dignos del premio eterno, pero nosotros a menudo usamos esa libertad para inclinarnos hacia nuestra peor parte y para convertirnos en dioses de nosotros mismos. Pensad, hermanos, que quizá el obispo y los teólogos teman no sólo por su poder, sino por la civilización, obra de Dios en la tierra. Quizá teman por la delgada capa de humanidad que el cristianismo ha creado en nuestros pueblos, tras siglos de feroces guerras, hermano contra hermano. Que estén preocupados por la insensatez con que jóvenes ociosos acogen las ideas de los musulmanes, poniendo en peligro la fe de las gentes sencillas.

—**Siger:** Pero, fray Tomás, ¿qué podemos hacer? ¿renunciar a toda una vida de estudio?, ¿renunciar a la verdad que nos enseña Aristóteles?

—**Tomás:** No soy yo, hermano Siger, quien pueda ayudaros a encontrar las respuestas. Sin duda sabréis hallarlas en vuestra conciencia, teniendo como guía el amor que anida en vuestro corazón.....Y bien, hermanos, ahora debo retirarme. He de continuar mi trabajo con fray Guillermo, con quien preparo una traducción de nuestro Aristóteles. Sed con Dios hermanos.

—**Siger:** Que Él os acompañe fray Tomás.Dime Boecio, ¿qué piensas?

—**Boecio:** Que el amor no bastará para salvarte.

[*Salen los dos. Sólo quedan Reisa y Roberto*]

—**Reisa:** Las palabras que se han dicho han llenado de angustia mi corazón.

—**Roberto:** Oh, vamos Reisa, no te preocupes. Quizá... podríamos ir un rato a mi casa y...

—**Reisa:** Has tenido una idea estupenda, Roberto. Así podremos practicar los silogismos que hemos aprendido esta mañana.

—**Roberto:** Los... silogismos.

—**Reisa:** Claro, tonto. Vamos, corre y no pongas esa cara de pasmado. [*Salen los dos corriendo*].

El tribunal de la Inquisición en París

ESCENA TERCERA

Siger, Tempier, el Secretario, Simón de Brión, soldados

[El tribunal de la Inquisición en París. Unos personajes están sentados en el tribunal: Entre ellos está el obispo Esteban Tempier y el secretario. Siger de Brabante está de pie ante ellos. Un soldado custodia la puerta]

—**Tempier:** Siger nacido brabançon, maestro de la nación picarda en la Facultad de artes de la Universidad de París habéis sido citado ante este tribunal para responder por las doctrinas heréticas que habéis escrito y enseñado a los jóvenes, poniendo en riesgo su salvación y la concordia entre los cristianos. Ahora se os leerá la acusación:

«Se os acusa de haber leído ante los estudiantes en arte textos utilizando la lectura ordinaria, que está exclusivamente reservada a los maestros en teología. De haber osado determinar y concluir en materias teológicas, estando prohibido los estatutos de vuestra Facultad. De haber defendido las ideas de Averroes, el mayor de los infieles. De haber afirmado: que los condenados no pueden sufrir las penas del infierno; que es más excelente la vida de los filósofos que la de los hombres que se entregan al servicio de la Iglesia; que la religión cristiana, y todas las religiones, no contienen más que una serie de fábulas; que la continencia no es una virtud; y muchas otras cosas que van contra nuestra fe.



—**Tempier:** Maestro Siger, habéis oído las graves acusaciones que pesan sobre vos ¿qué tenéis que responder?

—**Siger:** Reverendísimos padres, señor obispo. No reconozco ninguna de las cosas que habéis leído como propias. Eso no son más que murmuraciones, que no pueden encontrarse en ninguno de mis escritos. Por mi parte, me he limitado a exponer las enseñanzas del gran filósofo Aristóteles, admirado por grandes teólogos como el maestro Tomás de Aquino.

—**Tempier:** Ah, ahora queréis ocultaros bajo el hábito del venerable hermano Tomás. Sabed, sin embargo, que él también está siendo investigado.

—**Siger:** No, padre reverendísimo, sólo quiero decir que nunca he querido ir en contra de la enseñanza de la Iglesia, sino

que me he limitado a enseñar las teorías de los filósofos.

—**Tempier**: [*con ira apenas contenida*] ¿Pretendéis acaso que en alma de cada hombre hay dos verdades distintas, una iluminada por Dios y otra por el diablo?, ¿Qué Dios gobierna solamente el mundo de los ángeles y los santos, pero no el de quienes peregrinamos en este valle de lágrimas? No, maestro Siger, exigimos que os retractéis de vuestras doctrinas en este momento y que hagáis pública vuestra rectificación en acto solemne ante toda la Facultad, pidiendo humildemente el perdón de la Iglesia, que nuestra indulgencia sabrá concederos. Decidnos, ¿estáis dispuesto a hacerlo?

[*Siger mira hacia el suelo y permanece en silencio*]

—**Tempier**: A través de vuestro silencio grita el diablo que os domina. Por última vez ¿abjuráis de vuestros execrables errores? [*una pausa*] Así pues, puesto que no habéis admitido vuestra culpa ante este tribunal, os condenamos a la pérdida de vuestra licencia para enseñar en nuestra universidad, y os entregamos al brazo secular para que el fuego purifique de sus errores a vuestros libros y del pecado a vuestro cuerpo y vuestra alma. Y así... [*se oye ruido de voces y se abre la puerta*] Eh ¿qué sucede ahí fuera? ¿qué es todo ese alboroto?



[*En ese momento entra un soldado y detrás de él el legado papal*]

—**Soldado**: ¡El legado papal Simón de Brion!

—**Tempier**: Reverendísimo padre, no habíamos sido avisados de vuestra presencia en París, y nos habéis sorprendido resolviendo un enojoso asunto a propósito de la investigación que Su Santidad ordenó sobre las actividades de los herejes aquí en nuestra ciudad

—**Brión**: Lo sé reverendo obispo, y hace tiempo que esperamos vuestro informe, aunque veo que ya estáis tomando vuestras propias decisiones al respecto. Pues, precisamente he sido enviado por Su santidad, el papa Juan XXI para hacerme cargo del maestro en artes conocido como Siger el brabançon, que nos

acompañará a Roma para recibir la amonestación de Su santidad y la penitencia espiritual por sus pecados.

—**Tempier**: Pero, reverendísimo padre, sabed que precisamente acabamos de dictar sentencia de herejía, y...

—**Brión**: [*pone voz autoritaria*] Señor obispo, por la autoridad que me ha sido conferida, se hará todo según lo ordena Su Santidad

—**Tempier**: Desde luego, padre

—**Brión**: Maestro Siger, acompañadnos, la comitiva se podrá en camino inmediatamente. [*se vuelve hacia el público*] Hoy no arderán hogueras en París. [*Salen todos de la escena*]

TELÓN